

El amor libre



Oswaldo Baigorria

(compilador)

EL AMOR LIBRE

EROS Y ANARQUÍA

René Chaughi

Mijail Bakunin

Luigi Fabbri

Errico Malatesta

Evelio Boal

Paul Robin

Colectivo Crimethinc

Emma Goldman

Pepita Guerra

María Lacerda de Moura

Roberto de las Carreras

E. Armand

Grupo Atlantis

Giovanni Rossi, *Cardias*

Los Diggers

América Scarfó



EDICIÓN ORIGINAL
Libros de Anarres
Buenos Aires, 2006

PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA
Mayo de 2010

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta
© DE LA SELECCIÓN: Osvaldo Baigorria

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.
Navaz y Vides 1-2
Apartado 78
31300 Tafalla NAFARROA
Tfno. 948 703 934
Fax 948 704 072
txalaparta@txalaparta.com
www.txalaparta.com

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA
Esteban Montorio

© LANE ERICKSON - FOTOLIA.COM

MAQUETACIÓN
Monti

IMPRESIÓN
RGM
Igeltzera poligonoa, 1 bis, A1 pab.
48610 Urduliz - Bizkaia

ISBN
978-84-8136-583-2

DEPÓSITO LEGAL
BI. 1308-10

txalaparta 

PRÓLOGO

EROS Y ANARQUÍA

PARA DEFENDER EL PRINCIPIO DE AMOR LIBRE se necesitan dosis parejas de inocencia y experiencia. Una vez desacralizados el matrimonio, la familia y la dupla varón-mujer unidos «de por vida», ¿qué si no la inocencia puede vincular la libertad al amor, en especial si a este se le entiende como pasión o atracción entre seres de carne y hueso? La experiencia susurra al oído que la fidelidad es imposible, que la monogamia es una ilusión y que las leyes del deseo triunfan siempre sobre las leyes de la costumbre. La inocencia grita que el amor sólo puede ser libre, que la pluralidad de afectos es un hecho y que el deseo obedece a un orden natural, anterior y superior a todo mandato social establecido.

Podría suponerse que inocencia equivale a ingenuidad, así como experiencia a cinismo. Pero varios de los autores reunidos en esta antología intuyeron que la emulsión resultante de la fórmula «amor-libertad» es mucho más compleja. Nunca hubo algo más difícil que ser libertario en las cuestiones de amor. Se puede serlo ante la autoridad, el trabajo o la propiedad, pero ante los vaivenes del corazón no hay principio, norma o idea que se sostenga firme en su sitio. ¿Hay alguien más parecido a un esclavo que un enamorado?

En tiempos de relativa paz (es decir, sin guerras nacionales, civiles o religiosas declaradas), los celos son la causa primera de homicidios. En nombre del amor, el ser humano mata, posee y somete a sus semejantes, al tiempo que es poseído por una fuerza o potencia que irrumpe no se sabe bien de dónde y lo arrastra hacia algún destino imposible de vaticinar. La posesión es la antítesis de la libertad. ¿Cómo uno puede ser verdaderamente libre cuando ama? Solo mediante una reinención de la palabra *amor*.

Eros es el antiguo nombre de esa potencia. Antes de que adquiriese el carácter sentimental personificado en un joven hermoso, hijo de Afrodita y de padre incierto (Hermes, Ares o el propio Zeus), que volaba con alas doradas y disparaba flechas a los corazones, era una fastidiosa fuerza aérea de la naturaleza que, como la vejez o las plagas, debía ser controlada para que no perturbase el funcionamiento social. Se supone que fue el primero de los dioses, ya que, sin él, ningún otro habría nacido. De todas maneras, siempre fue demasiado irresponsable como para formar parte de la hegemónica familia de los Doce olímpicos.

Podemos imaginar distintos acuerdos y conflictos en la hipotética unión entre Eros y Anarquía, sobre todo si a esta última no la entendemos solo como un orden social caracterizado por la ausencia de Estado. Se ha argumentado que *an-arché* es el rechazo de todo principio inicial o causa primera, de todo origen único y absoluto: «La causa primera nunca existió, nunca pudo existir... La causa primera es una causa que en sí misma no tiene causa o que es causa de sí misma» (Bakunin). Se ha descrito a la energía anárquica como un caos ciego de impulsos autónomos, así como una construcción voluntaria de formas asociativas entre fuerzas que luchan por afirmarse y reconocerse sin disolver las diferencias que las oponen (Proudhon). En vez de un modelo político utópico situado al final de los tiempos, se trataría

de una potencia abierta a la creación constante de individuaciones (Simondon), acaso relacionada con la ancestral idea griega de *apeiron* que usó Anaximandro para describir ese fondo indefinido e indeterminado a partir del cual surgen sin cesar los seres individuales. Que este principio sin principio pueda unirse felizmente y sin peleas conyugales con aquel dios alado es algo que aún está por verse.

Por cierto, los autores aquí presentados no tienen una opinión única u homogénea sobre la pareja de Eros y Anarquía ni sobre su hijo legítimo: el amor libre. Por ejemplo: mientras que para Cardias –iniciador del experimento conocido como Colonia Cecilia en el Brasil del siglo XIX– el adulterio es la forma más indigna de ese amor, para Roberto de las Carreras la figura del Amante es bandera de lucha contra el matrimonio burgués, según el panfleto publicado en Montevideo en 1902, en el cual el autor relata cómo descubre a su propia mujer en brazos de otro hombre y, en vez de sentirse traicionado, exalta a la adúltera como la mejor alumna de su enseñanza erótico-libertaria.

Hemos titulado *El amor libre* a esta heterogénea –y mayormente heterosexual– selección de textos como homenaje a un título ya clásico de libros y artículos anarquistas y a un ideal que también pertenece a la tradición romántica y modernista. Se intenta mostrar así la diversidad de miradas históricas sobre la cuestión, reuniendo fragmentos escritos por militantes sociales en publicaciones de fin del siglo XIX y principios del XX, junto a otros de origen contracultural que, sin ser estrictamente anarquistas, presentan una sensibilidad libertaria en el tratamiento del tema.

Claro que se encontrarán suficientes acuerdos de fondo. El amor que aquí se llama *libre* es aquel que cuestiona toda doble moral, hipocresía o cinismo. Como dice René Chaughi en «El matrimonio es inmoral»: si dos personas desean unirse ante un dios, nada hay que criticar. Todo lo contrario: el

problema es el carácter hipócrita de quienes aceptan someterse al rito religioso sin haber pisado una iglesia desde la primera comunión. La mentira pertenece, en esta concepción, al campo del enemigo. El militante anarco-erótico sería, ante todo, un moralista.

Durante mucho tiempo, amor libre fue sinónimo de *unión libre*: una relación no sujeta a leyes civiles ni religiosas. En épocas en las que el matrimonio era indisoluble y el divorcio un horizonte polémico, la libertad de dos personas de unirse con prescindencia de la ley y de separarse «cuando el amor llegue a su fin» era motivo de escándalo pero no contenía necesariamente la posterior idea de liberación sexual. Además, era por lo general una definición de vínculo entre un varón y una mujer, no entre dos o más mujeres ni entre dos o más varones. Esa propuesta hoy puede ser vista como una demanda que cuestionaba al matrimonio jurídico y a la moral del siglo XIX pero que, de algún modo, quedaría obsoleta durante la segunda mitad del XX.

No obstante, el amor plural, la camaradería amorosa o el «maridaje comunal» son relatos y prácticas que los anarquistas que más pensaron sobre el tema ya manejaban hace casi ciento cincuenta años como formas de relación en las cuales la expresión «amor libre» significa literalmente aquello que hoy sugiere a nuestros oídos. Los militantes que defendieron esos modelos intentaron resolver acaso la cuestión más delicada que puede plantearse entre dos que se aman: qué hacer cuando aparece el deseo por otros u otras.

A ese deseo se le puede negar. O puede reconocerse su irrupción aunque se utilicen instrumentos de contención o represión. Puede satisfacerse con encuentros ocasionales prohibidos pero intentando autocontrolarse («no voy a enamorarme»). Mantener una relación paralela clandestina («es sólo sexo»); o sostener una pareja abierta («mi compañero lo sabe»); o lanzarse a experimentar dentro del laboratorio

social modos diversos de intercambio de afectos y atracciones. Como ha dicho Woody Allen, el corazón es un órgano muy flexible.

Si observamos las distintas propuestas de formas innovadoras de relacionarse, como las comunidades afectivas, el amor entre camaradas libres, el «abrazo polimorfo» o el «beso amorfista», advertiremos que el grado de ruptura y la originalidad temática de estos autores no se destaca únicamente sobre el fondo de época en el que se desplegó su pluralidad de modelos. De hecho, ellos parecen tener vigencia en la medida en que perdure la compulsión bipersonal a entrar en pareja y casarse.

En verdad, sería difícil hallar un período histórico capaz de absorber o asimilar la radicalidad de algunas de estas soluciones a los problemas de la vida afectiva. Por ejemplo, la revolución sexual de la segunda mitad del siglo xx no es fácilmente homologable al amor libre, una noción más vieja y más contundente. Aunque la contracultura y el liberacionismo de las décadas de 1960-70 tenían influencias anárquicas, la idea de una sexualidad libre también se articuló con ciertos dispositivos de poder, incitó al sueño de múltiples intercambios sexuales sin pagar por ellos (libre en el sentido de *free*: gratuito) o bien legitimó la posibilidad de cosificar cuerpos acotados como objetos de deseo. Ya el reemplazo de «amor» por «sexo» implicó algún grado de pérdida de la inocencia.

En realidad, la noción de amor libre apunta más alto: no a la mera posibilidad de tener múltiples relaciones sexuales sino a la de *amar a varias personas al mismo tiempo*. Reintroduce la noción de camaradería, de compañerismo afectivo. Afirma que se puede *querer bien* a (querer el bien de) dos o más seres simultáneamente. Insiste en que uno siempre está amando a varios al mismo tiempo, aunque con diferen-

tes intensidades y propósitos. Apuesta, por lo tanto, a una nueva educación sentimental.

Desde luego, a una idea tan guapa se le pueden excusar sus fragilidades. Estas se encontrarán en las bases de su misma construcción. El amor libre también se asienta sobre un acuerdo, pacto o modelo de conducta que intenta cabalgar sobre los cambiantes desplazamientos del deseo. Y es difícil llevar la rienda, manejar, calcular la polifacética naturaleza del flujo que lleva a dos o más cuerpos a unirse o apartarse con la misma inesperada e incontrolada fuerza pasional.

Como lo advirtió Bataille, en el campo de Eros siempre está en juego la disolución de las formas constituidas. La fusión de los amantes, pese a sus promesas de felicidad recíproca, introduce la perturbación y el desorden, elevando la atracción a un punto tal que incluso la privación transitoria de la presencia del otro puede llegar a sentirse como una amenaza de muerte. Amar, en cierto sentido, es vivir en el temor de la posible pérdida del amado.

Esto es lo que detecta Malatesta. En contra del amor libre como construcción teórica superpuesta artificialmente para reemplazar a la pareja monogámica, el texto del militante obrero y agitador italiano introduce una problemática más profunda del vínculo entre amor y libertad. Sin esperanza alguna de que un cambio radical de costumbres elimine las penas de amor, Malatesta recuerda que este sentimiento, para ser satisfecho, precisa de dos libertades que concuerden y que la reciprocidad es una ilusión desde el momento en que uno puede amar y no ser amado.

Alguien se une a otro por cierta promesa implícita de que ello va a colmar sus necesidades de compañía, goce, contención. La promesa añade que esa satisfacción será (deberá ser) correspondida. Luego, el aferrarse a tales demandas convierte a unos y a otros en poseídos y posesos. Hay proporciones extremas y moderadas de apego, pero es ver-

daderamente raro encontrar un amor entre seres humanos que no esté atravesado por esa obsesión.

Por su parte, en la *Enciclopedia Anarquista* de Sebastián Faure (ver el anexo «Glosario no monogámico básico»), Jean Marestan reflexiona sobre la conveniencia de que el amor se ennoblezca mediante la inteligencia y se desplace desde la pasión hacia sentimientos más dulces y duraderos: el compañerismo, la amistad, el cariño, la estima; o sea, afectos más suaves, livianos, lentos o moderados. Allí también se critica el deseo de posesión que es considerado no un mal en sí mismo sino cuando toma las proporciones extremas de la apropiación y el acaparamiento.

O sea que aquí el amor no es ningún absoluto, ni una esencia universal inextinguible como lo sería un dios. Tampoco la libertad, un término relativo si los hay: siempre aparece en relación con otra cosa. Se es *libre de* algo o alguien. Libertad puede significar la ruptura de un mandato conyugal así como un librarse del amor entendido como atracción entre cuerpos. En este último caso, ser libre implicaría atravesar el campo del erotismo quizá para derivar hacia aquello que los cristianos llamaron *agap* y los budistas *karuna*, más un amor-compasión que un amor-pasión, una entrega no egoísta a los otros, un don que se volcaría sobre todos los seres sin distinción. Un amor libre de atracción, posesividad, apego, propiedad. ¿Es posible? Si uno se libra del estar aferrado a una sola persona, ¿podrá sentir ese amor capaz de derramarse sobre todos sin diferenciación? ¿No es probable que termine, tarde o temprano, encadenándose a otro número limitado de objetos del deseo? Son preguntas que precisan ser encaradas si queremos entender mejor los puntos de tensión y equilibrio que presenta la conflictiva pareja de Eros y Anarquía.

Sin duda, en estas páginas se redefine al amor como un gesto que rompe las reglas sociales y económicas. Su fuer-

za destructora se dirige contra el cálculo, el interés, la manipulación; es decir, contra el mundo de lo profano y lo utilitario. Éstos serían los auténticos obstáculos para una voluntad de sentir que tiende a escapar de toda reglamentación. Los anarquistas del siglo XIX proponían destruir la familia jurídica justamente para que el sentimiento sea más sólido, durable, basado en una convicción interior. Se trataba, en suma, de reconocer, sincerar los vaivenes de la vida. Esa apuesta por la verdad es lo que convierte al amor libre en un principio esencialmente moral.

Sólo resta esperar que la fuerza de los argumentos expuestos en esta antología ilumine a quienes sospechan, sea por inocencia o experiencia, que ninguna forma ideal –ni siquiera la noción de amor libre– podrá colmar las expectativas de felicidad duradera («para toda la vida») de dos o más que se aman, así como ninguna convención, rito o regla aprobada ante testigos podrá sujetar por completo al anárquico movimiento de los corazones.

OSVALDO BAIGORRIA

Buenos Aires, abril de 2006

LA UNIÓN LIBRE

LOS ANARQUISTAS RECHAZAN LA ORGANIZACIÓN del matrimonio. Ellos aseveran que dos seres que se aman no necesitan permiso de un tercero para acostarse juntos; desde el momento en que su voluntad los conduce al lecho, la sociedad no tiene nada que ver en ello, careciendo del derecho de intervenir.

Los anarquistas dicen aun más. Por el acto de que se han consagrado el uno al otro, la unión del hombre y de la mujer no es indisoluble: ellos no están condenados a finalizar sus días viviendo unidos, si se vuelven antipáticos el uno al otro. Lo que la libre voluntad ha formado, la libre voluntad puede deshacerlo.

Bajo el imperio de la pasión, bajo la presión del deseo, dos seres no han visto más que buenas cualidades, han cerrado los ojos a los defectos, se han unido. He ahí que la vida común enturbia las cualidades, hace resaltar los defectos, exhibe ángulos que no saben redondear. ¿Será necesario que esos dos seres, porque se ilusionaron en un instante de efervescencia, paguen con toda una vida de sufrimientos el error de un momento, que les ha hecho juzgar como una pasión profunda y eterna lo que no era más que el resultado de una sobreexcitación nerviosa?

Entonces, pues, es preciso volver a nociones más sanas. ¿Acaso el amor del hombre y de la mujer no ha sido siempre más poderoso que todas las leyes, que todas las gazmoñerías, que todas las reprobaciones con que se ha pretendido atacar el cumplimiento del acto sexual? ¿Acaso, a pesar de la reprobación que se ha arrojado sobre la mujer que ha engañado a su marido –nosotros no hablamos del hombre que ha sabido siempre hacer la manga ancha en sus costumbres–, a pesar del rol de paria reservado por nuestras sociedades pudibundas a la soltera-madre, se ha impedido una sola vez a las esposas hacer a sus maridos cornudos, y a las hijas entregarse a quienes les place o aprovechar el momento en que los sentidos hablan más poderosamente que la reflexión?

La historia, la literatura, no hablan más que de hombres y de mujeres encornudados, de hijas seducidas. Por algunos espíritus apasionados, débiles y timoratos que se suicidan en unión del ser amado por no atreverse a romper con las preocupaciones, por carecer de fuerza moral para luchar contra los obstáculos que los oprimen, contra las costumbres y el idiotismo de parientes imbéciles, son innumerables los que se burlan de tales supersticiones... en secreto. Eso solo ha servido para convertirnos en trapaceros e hipócritas; nada más. ¿Por qué encapricharse en reglamentar lo que ha escapado a tantos siglos de opresión? Reconozcamos, pues, de una buena vez por todas, que los sentimientos del hombre escapan a toda reglamentación y que se precisa la libertad más completa para que pueda expandirse normal y completamente. Sed menos puritanos, y nosotros seremos más francos, más morales.

Queriendo el hombre propietario transmitir a sus descendientes el fruto de sus rapiñas y habiendo sido la mujer hasta hoy juzgada como inferior, y más como una propiedad que como un asociado, es evidente que el hombre ha suges-

tionado a su familia para asegurar la supremacía sobre la mujer; y para poder, a su muerte, transmitir sus bienes a sus descendientes; así, ha sido necesario declarar la familia indisoluble. Basada sobre el interés, y no sobre el amor, es evidente que necesitaba una fuerza y una sanción para impedir que se disgregara bajo los choques ocasionados por el antagonismo de intereses. Luego, los anarquistas, acusados de pretender la destrucción de la familia, quieren justamente destruir ese antagonismo, basando (a la familia) sobre el amor para hacerla más durable. Ellos no han erigido jamás en principio que el hombre y la mujer a quienes plazca finalizar sus días juntos no podrán hacerlo bajo el pretexto de que habrían hecho una unión libre. Ellos no han dicho jamás que el padre y la madre no puedan educar a sus hijos, porque piden que se respete la voluntad de estos últimos, que no sean considerados como una cosa, como una propiedad por sus ascendientes. En verdad, ellos quieren abolir la familia jurídica; ellos quieren que el hombre y la mujer sean libres para entregarse o rechazarse cuando les plazca. Ellos refutan toda ley estúpida e uniforme que reglamente los transportes de sentimientos tan complejos y tan variados como los que preceden al amor.

Si los sentimientos del ser humano están inclinados hacia la inconstancia; si su amor no puede fijarse sobre el mismo objeto, como pretenden aquellos que quieren reglamentar las relaciones sexuales, ¡qué nos importa! ¿Qué podemos hacer? Puesto que, hasta el presente, la opresión no ha podido impedir nada, pues sólo nos ha dado nuevos vicios, dejemos libre la naturaleza humana, dejémosla evolucionar hacia donde la conducen sus tendencias, sus aspiraciones. Ella es, en la actualidad, bastante inteligente para saber reconocer lo que le es útil o perjudicial; para reconocer, con su experiencia, en qué sentido debe evolucionar.

Cuando el hombre y la mujer se amen verdaderamente, ese amor tendrá por resultado inducirlos, recíprocamente, a tratar de merecer las caricias del ser que han elegido. Suponiendo que el compañero o la compañera que se ama puede volar del nido el día en que no encontrara más la satisfacción que apetecía, cada individuo hará cuanto le sea posible para atraérselo completamente. Como en esa especie de pájaros en que, en la estación del amor, el macho se reviste de un plumaje nuevo y brillante para seducir a la hembra cuyas simpatías quiere captarse, los humanos cultivarán las cualidades morales que deben hacer agradables su cariño y su compañía. Basadas sobre esos sentimientos, las uniones serán mucho más indisolubles que lo que podríamos hacerlas las leyes más feroces, la opresión más violenta.

Nosotros no hemos hecho la crítica del matrimonio actual, que equivale a la prostitución más vergonzosa. Matrimonios de negocios, en que los sentimientos efectivos no desempeñan ningún rol; matrimonios de conveniencias de rango—en las familias burguesas, sobre todo— convenidos por los padres, sin consultar a aquellos que se unen; matrimonios desproporcionados, en los que se ve a ancianos paralíticos, gracias a su dinero, unir su vieja estantigua, amenazando con la ruina a la fresca belleza de la juventud; viejas picaonas comprando, a fuerza de dinero, la complacencia de jóvenes ambiciosos, que pagan con su piel y un poco de su vergüenza la sed de enriquecerse. Esta crítica ha sido hecha y rehecha. A nosotros nos basta demostrar que la unión social no ha revestido siempre las mismas formalidades, que únicamente desprendiéndose de toda traba puede propender a conquistar su mayor grado de dignidad. ¡A que bueno, pues, buscar otra cosa!

Artículo sin firma de autor publicado en
La Question Sociale N^o 2,
Buenos Aires, entre 1895-98.

EL MATRIMONIO ES INMORAL

DOS SERES, UN HOMBRE Y UNA MUJER, se aman. ¿Acaso pensamos que serán lo suficiente discretos para no pregonar de casa en casa el día y la hora en que...? Pensamos mal. Esta gente no parará hasta que hayan participado a todo el mundo sus propósitos: parientes, amigos, proveedores y vecinos recibirán la confidencia. Hasta entonces no creerán permitida la «cosa». Y no hablo de los matrimonios de interés, en los que la inmoralidad es flagrante desde un principio; me ocupo del amor, y veo que, lejos de purificarlo y darle una sanción que no ha menester, el matrimonio lo rebaja y lo envilece.

El futuro esposo se dirige al padre y a la madre y les pide permiso para acostarse con su hija. Esto es ya de un gusto dudoso. ¿Qué responden los padres? Deseosos de asimilar su hija a esas damas tan necias, ridículas y distinguidas como ricas, quieren conocer el contenido de su monedero, su situación en el mundo, su porvenir; en una palabra, saber si es un tonto serio. No hay otra expresión mejor para calificar a este tratante.

Veamos a nuestro joven aceptado. No pensemos que la serie de inmoralidades está cerrada: no hace más que comen-

zar. Desde luego, cada uno va en busca de su notario, y tienen principio, entre las dos partes, largas y agrias discusiones de comerciante en las que cada uno quiere recibir mucho más de lo que da; dicho de otro modo: en las que cada uno trata de hacer su negocio. La poca inclinación que los dos jóvenes pueden sentir el uno por el otro, los padres parecen empeñarse en desvanecerla, ensuciándola y ahogándola bajo sórdidas preocupaciones de lucro. Después vienen las amonestaciones en las que se hace saber, a son de trompetas, que en tal fecha el señor «X» fornicará, por primera vez, con la señorita «Y».

Pensando en estas cosas, uno se pregunta cómo es posible que una muchacha reputada y púdica pueda soportar todo esto sin morir de vergüenza. Pero es, sobre todo, el día de la boda, con sus ceremonias y costumbres absurdas, lo que encuentro profundamente inmoral y, digámoslo en una palabra, obsceno. Aparece la prometida arreglada –como los antiguos adornaban a las víctimas antes de inmolarlas sobre el altar– con vestimentas ridículas; esa ropa blanca y esas flores de azahar forman un símbolo completamente fuera de lugar: fijan la atención sobre el acto que se va a realizar y se hacen insistentes de una manera vergonzosa.

¿Hablaré de los invitados? ¿De su modo de vestir tan pretenciosamente abobado, sus arreos tan risibles como enfáticos, sus maneras pomposas y tontas, sus juegos de una fealdad extraordinaria? ¿Enumeraré todas estas gentes estiradas, empomadas, acicaladas, enfiladas, apretadas, rizadas, embutidas en sus vestimentas, los pies magullados en estrechas botinas, las manos comprimidas por los guantes, el cogote molido por el cuello postizo; todo este mundo preocupado de no ensuciarse, ansioso de engullir, «hambrones», como les dice el poeta, venidos con la esperanza de procurarse una de esas comidas que forman época en la existencia de un hombre gorrón?

¿Cómo pueden dos jóvenes resolverse, sin repugnancia, a comenzar su dicha ante una decoración tan abominablemente grotesca, a realizar su amor entre estas máscaras y en medio de tan asquerosas caricaturas?

En la calle se corre para verlos: totalmente son cómicos; las comadres asoman a las puertas, los chiquillos gritan y corren. Cada uno procura ver a la desposada: los hombres con ojos de codicia, las mujeres con miradas denigrantes; y, por todo, se oyen soeces alusiones a la noche nupcial, frases de doble sentido que dejan entender –¡oh, tan discretamente!– que el esposo no pasará mal rato. Y ella, pobre muchacha, el dulce cordero, causa y fin de tan estúpidas bromas, cuyas tres cuartas partes llegan a sus oídos, sin duda alguna, ¿se esconde en un rincón del carruaje, tras la obesidad propicia de sus padres? ¡Oh, no! Ella, entronizada descaradamente en su carruaje, se asoma a la ventanilla sonriente para atraer la atención de la multitud. Y lo que la vuelve radiante de alegría, mucho más que el amor del prometido y la legítima satisfacción fisiológica, es considerarse mirada y envidiada; es poder eclipsar –aunque no sea más que por un día– a las peor vestidas, burlarse de sus antiguas amigas que permanecen solteras, crear en torno de sí celos y tristezas, en fin, ostentar esa ropa impúdica que la ofrece a las risas del público y debían llenarla de vergüenza. Bien considerado, todo esto es de un cinismo que subleva.

Después, en la alcaldía, donde oficia un señor cualquiera, sin otro prestigio que la ostentación de una banda azul, blanca y roja. Tras la desolante lectura de algunos artículos de un código idiota, humillante e insultante para la dignidad de los dos seres a quienes se aplican, el individuo de la banda patriótica pronuncia una elocución vulgar, pedestre, y todo está terminado. He ahí nuestros dos héroes unidos definitivamente. Sin esa algarabía preliminar, la fornicación de esta noche habría sido una cosa impropia y criminal;

pero gracias, sin duda, a las palabras mágicas del hombre de la banda tricolor, ese mismo acto es una cosa sana y normal... ¡Qué digo!, un deber social. ¡Oh, misterio ante el cual aquello de la Trinidad no es más que un juego de niños!

Por mi parte hubiera creído todo lo contrario. Me parece que un joven y una muchacha que por primera vez se deciden a ejecutar el acto sexual, antes hubieran procurado evitar la publicidad. El acto sexual, aun efectuado de incógnito, no deja de producir molestias; con mayor motivo ante testigos. Parece que esto es inmoral, y que lo moral, noble y delicado es ir a hacer confidencias a un cagatintas gracioso, obtener un permiso, hacerse inscribir y numerar en un registro, como los caballos de carrera cuya descendencia se vigila o el rebaño que se cruza sabiamente.

¿Cómo no ver que si el Estado requiere estas formalidades ultrajantes es solo por propio interés, a fin de no perder de vista a sus contribuyentes, de conservarlos en el espíritu de obediencia y de poder echar mano fácilmente sobre los futuros vástagos? Es preciso estar inscrito en alguna parte; y si no es en la Alcaldía, será en la Prefectura de Policía. En lista, siempre en lista; no escapamos. El matrimonio es un medio de esclavizar más a los hombres. Defendedle, pues, como instrumento de dominación, como sostén del orden actual si queréis. Pero no habléis de moral.

El cortejo se forma para ir a la iglesia. La sanción que el matrimonio civil no ha podido otorgar a la unión de dos jóvenes, ¿la dará el matrimonio religioso? Sí, si ellos creen en un Dios y ven en el sacerdote su representante terrestre. En tal caso nada hay que decir. Esto admitido, puede admitirse encima todo cuanto se quiera, y es preciso no extrañarse de nada.

Pero no ocurre así la mayoría de las veces. Algunos no ponen los pies en ninguna iglesia después de la primera comunión. Y si entran hoy, es para hacer como los demás:

por conveniencia y, sobre todo, para que la ceremonia sea más bella, la fiesta más completa; para ejecutar su ejercicio ante una luz más viva aún, más brillante.

Durante la misa, las damas murmuran, secretean, ordenando los pliegues de sus vestidos, procurando hacer valer sus gracias y salpicándose mutuamente, haciendo carantoñas bajo las miradas libidinosas de los hombres. Estos, mirando de soslayo, lanzan frases gordas, sintiendo impaciencia por cargar con tales mujeres. Y mientras el cura con cara socarrona amonesta a los nuevos esposos, el sacristán ataca a los bolsillos de los asistentes.

Los jóvenes esposos han comenzado su unión mintiéndose a sí mismos y mintiendo a los demás, aceptando una fe que no es la suya, prestando el apoyo de su ejemplo a creencias que ellos juzgan quizá perjudiciales, seguramente erróneas y de las que se reirán entre bastidores. Este bonito debut de existencia en la mentira y la hipocresía parece ser la sanción definitiva de su unión, el sello misterioso que la proclama santa e irrevocable. Esta moral es para nosotros el colmo de la inmoralidad. Guardaos de ella.

Una vez hartos los invitados, toman de nuevo los coches, a fin de exhibirse por última vez ante el público: «Miren bien a la desposada vestida de blanco, señoras y caballeros; todavía es pura; pero esta noche dejará de serlo. Es aquel joven gallardo quien se encarga de ello. Séquense los ojos, que nada cuesta». Por un momento se los invitará a palpar. Todos los viandantes se animan ante la vista de esta bestia curiosa... que sueñan poseer. ¿De cuánta inconciencia debe estar dotada una muchacha para aguantar eso sin saltarle el corazón?

La jornada, tan bien comenzada, acaba aún mejor. Se preludia el ayuntamiento de cuerpos, por medio de una costumbre gráfica general. Algunos, en vista de la boda, ayunan muchos días. Se atiborran. El exceso de nutrición y de

vinos hincha el rostro, inyecta los ojos, embrutece más los cerebros; los estómagos se congestionan y también los bajo vientres. En un acuerdo tácito, todos los pensamientos convergen hacia la obra de reproducción; las conversaciones se vuelven genitales. Con velada frase se reproduce la buena picardía de nuestros padres; toda la deliciosa pornografía que floreció bajo el sol de Francia triunfa de nuevo. Las risas se mezclan a los eructos de la digestión penosa. Y todos los ojos acechan ávidamente el sofoco creciente de las mejillas de la esposa. En vano. La casta muchacha de frente pura parece tan desahogada ante esta ignominia como un viejo senador en una casa de citas. No chista. Y gracias que a los postres no venga algún cuplé picaresco a excitar de nuevo el erotismo de los convidados y se haga necesario, en casa de la desposada, un simulacro de confusión. Parece como que se quiere envilecer, a los ojos de los nuevos esposos, la función por la cual se han unido; parece que quieren volverla más bestial de lo que ella es en sí, como si fuese necesario que su realización se acompañe de una indigestión, como si fuese indispensable que una tan delicada e importante revelación se inaugurase ante una asamblea de borrachos.

¡Ah! Mira, desgraciada, mira todas estas gentes honradas que devuelven por la boca el exceso de comida con que se atragantaron. Éstas son las personas virtuosas que profesan una moral rígida. Están casados también; sus juergas han recibido la sanción legal y el sello divino; también los monos deformes que ellos engendran son de una cualidad superior a la de los demás. Míralos: este de aquí tiene toda una progenitura en la ciudad; el otro se hace fabricar sus herederos por el vecino de encima; el señor y la señora «x» se arañan diariamente; aquellos están separados, estos divorciados; este vejete compró a buen precio a esa hermosa muchacha; este joven se casó con esa vieja por su dinero; en cuanto a aquel matrimonio de allá, todos saben que pros-

pera, a pesar de ser tenido por modelo, gracias a las escapadas de la esposa y a los ojos, complacientemente cerrados, del marido. Y es, quizás, el menos repugnante de todos, puesto que, al menos, esos dos se entienden perfectamente. Pero todas estas gentes son honradas; todas ellas se han hecho inscribir. Sus porquerías han recibido el visto bueno del hombre de la banda tricolor y del hombre de la sobrepelliz. Por eso son bien recibidos en todas partes, mientras que las puertas se cierran para aquellos que han cometido la torpeza de amarse lealmente, sin número de orden y sin ceremonia alguna. ¡La cámara nupcial...!

Teóricamente, la desposada nada sabe del misterio de los sexos; ignora el fin verdadero, único, del matrimonio. Si sabe alguna cosa, es fraudulentamente y en menosprecio de las indicaciones maternas. ¿Qué vale, pues, este «sí» que ha dado ante una demanda cuya entera significación desconoce? ¿Qué caso hacen, pues, de su personalidad en todo esto, disponiendo de su cuerpo sin su consentimiento, al dejarla, ángel de candor, flor de pureza, entre los brazos de un pimientito sobreexcitado e inconsciente? ¡Qué! ¿Ustedes le darán vuestra hija a un individuo cualquiera, que apenas los conoce, quizá plagado de vicios extraños, en el que la educación carnal, sexual, se ha hecho quién sabe dónde; ustedes la abandonarán para que hagan de ella su fantasía secreta, y eso sin prevenirla? ¡Pues esto es monstruosamente abominable! ¡Pues esto es una esclavitud peor que las otras, más infamante y más horrorosa que ninguna! ¿Qué puede haber más forzado para una mujer que ser poseída a pesar suyo? ¿El acto sexual no es, según se consienta o no, la más grande alegría de las alegrías o la más grande de las humillaciones?

¡Ah, si la libertad está de acuerdo con la moral, debe existir en la cuestión del amor o en parte alguna! Este matri-

monio no es más que una violencia pública preparada en una orgía.

RENE CHAUGHI

Texto publicado en la antología

El amor libre: la revolución sexual de los anarquistas,

Rodolfo Alonso Editor, Buenos Aires, 1973.

CARTO A PABLO

PARÍS, 29 DE MARZO DE 1845

Soy el mismo, como antes, enemigo declarado de la realidad existente, solo con esta diferencia: que he cesado de ser teórico, que he vencido, en fin, en mí, la metafísica y la filosofía, y que me he arrojado enteramente, con toda mi alma, en el mundo práctico, el mundo del hecho real.

Créeme, amigo, la vida es bella; ahora tengo pleno derecho a decir eso, porque he cesado hace mucho de mirarla a través de las construcciones teóricas y a no conocerla más que en fantasía, porque he experimentado efectivamente muchas de sus amarguras, he sufrido mucho y he caído a menudo en la desesperación.

Yo amo, Pablo, amo apasionadamente: no sé si puedo ser amado como yo quisiera serlo, pero no desespero; sé al menos que se tiene mucha simpatía hacia mí; debo y quiero merecer el amor de aquella a quien amo, amándola religiosamente, es decir, activamente; ella está sometida a la más terrible y a la más infame esclavitud y debo libertarla combatiendo a sus opresores y encendiendo en su corazón el sentimiento de su propia dignidad, suscitando en ella el

amor y la necesidad de la libertad, los instintos de la rebeldía y de la independencia, recordándole el sentimiento de su fuerza y de sus derechos.

Amar es querer la libertad, la completa independencia de otro; el primer acto del verdadero amor es la emancipación completa del objeto que se ama; no se puede amar verdaderamente más que a un ser perfectamente libre, independiente, no solo de todos los demás, sino aun y sobre todo de aquel de quien se es amado y a quien se ama.

He ahí mi profesión de fe política, social y religiosa, he ahí el sentido íntimo, no sólo de mis actos y de mis tendencias políticas, sino también, en tanto que puedo, el de mi existencia particular e individual; porque el tiempo en que podrían ser separados esos dos géneros de acción está muy lejos de nosotros; ahora el hombre quiere la libertad en todas las acepciones y en todas las aplicaciones de esa palabra, o bien no la quiere de ningún modo; querer la dependencia de aquel a quien se ama es amar una cosa y no un ser humano, porque no se distingue el ser humano de la cosa más que por la libertad; y si el amor implicase también la dependencia, sería lo más peligroso e infame del mundo, porque sería entonces una fuente inagotable de esclavitud y de embrutecimiento para la humanidad.

Todo lo que emancipa a los hombres, todo lo que, al hacerlos volver a sí mismos, suscita en ellos el principio de su vida propia, de su actividad original y realmente independiente, todo lo que les da la fuerza para ser ellos mismos, es verdad; todo el resto es falso, liberticida, absurdo. Emancipar al hombre, he ahí la única influencia legítima y bienhechora.

Abajo todos los dogmas religiosos y filosóficos –no son más que mentiras–; la verdad no es una teoría, sino un hecho; la vida misma es la comunidad de hombres libres e independientes, es la santa unidad del amor que brota de

las profundidades misteriosas e infinitas de la libertad individual.

MIJAIL BAKUNIN

(1814-1876), nacido dentro de una familia aristocrática rusa, recorrió Europa como militante y como exiliado, fue uno de los fundadores de la Asociación Internacional de Trabajadores o Primera Internacional y escribió varios de los libros más importantes del pensamiento anarquista, entre los que se destaca *Dios y el Estado*. Este fragmento de una carta a su hermano Pablo, fechada en París el 29 de marzo de 1845, fue publicado en *El amor libre: la revolución sexual de los anarquistas*, Rodolfo Alonso Editor, Buenos Aires, 1973.